

Perfiles de la documentación en Japón

Guzmán URRERO PEÑA

Licenciado en Ciencias de la Información

Puesto que Japón presenta una imagen internacional que rivaliza en organización y tecnología con los países más avanzados del planeta, el esbozo de una serie de consideraciones acerca de la Documentación y los documentalistas en el lejano archipiélago tropieza por fuerza con tópicos y lugares comunes. Sin duda, la naturaleza equívoca de estas ideas prefiguradas requiere un acercamiento más detenido a este distante contexto.

ORIGENES Y CONCEPTOS

Posee el idioma japonés numerosas palabras referidas al mundo de la Documentación, si bien es preciso advertir a priori de la notable complejidad de sus relaciones y evolución. Presentamos a continuación un bosquejo simplificado de esta evolución, evitando en la medida de lo posible las referencias a sinónimos que oscurecerían innecesariamente este acercamiento. Téngase en cuenta que las palabras niponas se articulan en torno a tres ramas fundamentales: «Wa-Go», palabras del japonés originario, «Kan-Go», palabras del chino, y «Gairai-Go», voces de las demás lenguas o, lo que es lo mismo, palabras coreanas, portuguesas, holandesas, latinas, alemanas, inglesas e incluso españolas, incorporadas al léxico nacional con más o menos variantes. Si además se tiene presente que fenómenos como la pronunciación adaptada, la abreviación y la combinación son frecuentes, aún hoy, en esta lengua, la recién iniciada búsqueda etimológica presenta dificultades todavía más importantes.

Sí cabe indicar que la etimología española de la palabra «biblioteca» —del griego «biblion», libro, y «théke», depósito— no es tan diferente de su equivalente japonés como en un principio cabría pensar, si bien los precedentes etimológicos son en este último caso, como ya se ha apuntado, notablemente más oscuros.

Así, «toshokan» (biblioteca) es una palabra compuesta. La partícula «kan» significa lugar y «toshō», documento, sin especificar de qué tipo sea éste. Podría pensarse que ambas partículas proceden del chino, ya que de China proviene tanto el papel —un descubrimiento de Ts'ai Lun en el año 105 a.C.— como la técnica xilográfica —diseñada por los chinos en el 618 d.C.— y los caracteres móviles —hallazgo del herrero Pi Cheng en el siglo XI—, y así debe ser, pero no hay referencias a la palabra «toshokan» anteriores a 1880, por lo que esta conexión con el libro impreso chino y con el estilo de biblioteca que originó y, por tanto, con el «Kan-Go», hay que rastrearla en épocas anteriores.

Cabe indicar que la primera referencia a la palabra «toshokan» puede hallarse en la «Tokio Toshokan», la biblioteca más popular de Tokio, ahora en funcionamiento bajo el nuevo nombre de «Ueno Toshokan». Con anterioridad al período de la promulgación de la Constitución Imperial el centro en cuestión recibía el nombre de «bunko», al igual que todas las otras bibliotecas y archivos del archipiélago.

«Bunko» es un arcaísmo que hoy día sólo es aplicado a las colecciones de libros diseñadas a partir de un mismo formato que además atienden un mismo asunto. También se trata de una palabra compuesta, en este caso por las partículas «Bun», frases o libros, y «Ko», almacén; por lo que una traducción literal sería «El lugar donde se almacenan las frases».

De la partícula «bun» deriva asimismo la palabra «bunshō», o documento en el más amplio sentido. La voz «bunshō» define en la actualidad toda «expresión escrita del pensamiento humano»¹. De cualquier modo, puede existir cierta confusión con esta palabra, ya que la palabra «shō» significa también «lugar», por lo que cabría traducir «bunshō» por «lugar donde hay documentos». Más aproximada sin embargo a esta última definición es la palabra «shōko», literalmente «almacén de documentos», aunque estos últimos han de ser tan sólo papeles y nunca libros encuadernados. Esta acepción en concreto todavía emplea habitualmente para hacer referencia a los archivos de las empresas.

La voz «bunshoseiri» es seguramente la que más se acerca a la acepción española de «Documentación», ya que literalmente significa «arreglo de documentos», siendo «seiri» la partícula que significa «arreglar».

Del mismo modo, puede traducirse «archivero» por «bunshohokan», al equivaler el vocablo «hokan» a nuestro «guardián».

* Licenciado en Ciencias de la Información

Otra posible equivalencia de «Documentación» sería «seirigaku» o «ciencia del arreglo» —«gaku» significa «ciencia»—, y de este modo la emplean los documentalistas de las oficinas y grandes compañías. De otra parte, si hablamos de la disciplina documentaria que gira en torno a los escritos antiguos la palabra más adecuada es «kobunshogaku» o «ciencia de los documentos antiguos».

La escala profesional tiene también su exacta nomenclatura en japonés. Así, en la «toshokan» moderna, el grado de jefe recibe el nombre de «shisho» y los puestos inferiores «toshokanin» o «toshogakari», significando «in» y «gakari» el cargo subordinado concreto.

Todas las voces anteriores se inscriben claramente en el «Kan-Go» y el «Wa-Go», pero también existen palabras referidas a la Documentación llegadas de las antípodas. La influencia occidental ya se hizo notar en los siglos XVI y XVII, cuando españoles, portugueses y holandeses mantenían fecundas relaciones comerciales con el Imperio. De esta época datan registros comerciales tan completos como el existente en Dejima (Nagasaki) y numerosas publicaciones procedentes de las escuelas jesuíticas. La influencia de Occidente en las bibliotecas de la época no es muy significativa en ese período, a no ser por un cierto aumento de la popularidad de los libros encuadernados a la manera occidental. Esta influencia queda aún más difuminada si cabe al cerrarse las fronteras del archipiélago y quedar proscrito todo elemento ajeno a la civilización nacional.

Desde el instante en que, hacia 1853, el comodoro Perry llega al puerto de Uraga se abre una nueva fase durante la que, para bien o para mal, la influencia norteamericana será constante. Y más aún en el terreno que nos ocupa.

Del inglés ha heredado el Japón postbélico un nutrido número de vocablos referidos a la Documentación. «Computer network» —red de ordenadores—, «data bank» —banco de datos— o «data base» —base de datos— son algunos de los muchos ejemplos que podemos hallar perfectamente integrados en el idioma nipón de hoy, si bien escritos con los estilizados caracteres silábicos japoneses.

Lo mismo cabe señalar acerca del concepto de Información. En la actualidad, los japoneses frecuentan el uso de las palabras «jôhô» —periódico informativo— y «annaisho» —información general—, pero también de los anglicismos «news» —información noticiosa— y «dater» —dato—. En el mismo sentido, las Ciencias de la Información —«Jôhokagaku»— no son, a nivel académico, sino una fiel adaptación de su referente norteamericano.

HISTORIA

Los primeros archivos-biblioteca del Japón fueron los «fumikura» o «fumidono» —almacén de escritos— anteriores al primer «bunko». Tanto en

el «fumikura» como en el «bunko» no existía otro criterio de orden que el capricho de su propietario. Tampoco cabe establecer a este nivel distinciones entre bibliotecas o archivos ya que el principal soporte a almacenar era el rollo de papel y hasta épocas mucho más tardías no hubo una clara diferenciación entre ambos conceptos.

A lo largo del período Heian (794-1175 d.C.) fueron objeto de admiración algunos «bunko», como el diseñado por el poderoso ministro Fujiwara Iorinaga, en Kioto, el Hokaiji Bunko y, finalmente, el Gouke Bunko, perteneciente al clan de los Ôe.

Durante los períodos Kamakura (1192-1336) y Muromachi (1338-1600) brilla con luz propia el completísimo Kanazawa Bunko, propiedad de la familia Hoyo, del que todavía se conservan valiosos documentos.

El período Edo (1603-1867) resulta de especial importancia a este respecto ya que en esta época los «bunko» dejaron de ser un patrimonio de la nobleza y pasaron a cumplir la función de biblioteca privada para especialistas. En esta línea, los más importantes fueron el Higashiyamaon Bunko del Palacio Imperial de Tokio, el Suruga Bunko del shogun Ieyasu Tokugawa y el Momijiyama Bunko ubicado en el interior del castillo de Edo.

Resolver el enigma que explica la desaparición de un gran número de los textos acumulados en estos «bunko» es bien sencillo: templos y palacetes eran construidos en madera, de suerte que el fuego, el mar y los terremotos dieron cuenta de muchas de estas arcaicas bibliotecas en más de una ocasión.

Llegado el período Meiji (1968-1911), se imponen muy lentamente las bases de la biblioteca japonesa moderna. Fue un apasionado de la cultura occidental, el comerciante Iukichi Fukuzawa, quien importó de Holanda las normas fundamentales de la biblioteca pública europea. Asimismo, Fukuzawa impulsó la fundación de la Universidad de Keio en el año 1858, institución que hoy día cuenta con un departamento de Ciencias de la Información que *hubiera hecho las delicias de su fundador*. Por la misma época, Aimé Humbert, ministro plenipotenciario de la Confederación Suiza, recogía en su prolijo diario de viaje, además de frecuentes referencias a los orígenes míticos de Japón y exóticos cuadros de costumbres, algún apunte sobre la biblioteca imperial, muy frecuentada —según el autor— por los alumnos del colegio de intérpretes de la Universidad de Yedo, debido seguramente a la extensa colección de textos occidentales que atesoraba.

Concluyendo esta fase, poco después de nacer en Tokio la biblioteca Shoyakukan, fue fundada en 1872 la Shushoin de Kioto, que confirmaba el carácter de enclave cultural de la ciudad de los templos.

De esta suerte, la biblioteca japonesa parece reconocer bajo el signo de Meiji sus definitivas señas de identidad. Este momento de euforia, ratificado por la promulgación de la primera Ley de bibliotecas, sufrió una súbita parada tras la derogación de ésta, siguiendo a partir de ese momento un lento avance en la materia que no habría de acelerarse sino después de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de que la primera Asociación de Bibliotecarios, la «Nihon-bunkokyōkai», data de 1892 y que su primera publicación propia, la «Toshokanzasshi», aparece en 1907, no será hasta 1950, con la nueva Ley de Bibliotecas definida por los técnicos norteamericanos, cuando Japón entre en la moderna era de la Documentación.

Desde ese momento los avances académicos corren parejos a los de las universidades norteamericanas, siendo la «Toshokan Jōhō Daigaku» (1979) —Universidad de Biblioteconomía y Ciencias de la Información de Tokio— y la «Aichi Shukutoko Daigaku» (1975) —Universidad Aichi Shukutoku— las que cuentan con los más avanzados departamentos especializados en la investigación de estas disciplinas.

Por otra parte, según datos del Ministerio de Educación japonés, entre 1975 y 1990 el número de bibliotecas públicas creció 1'8 veces, lo que da una idea de hasta qué punto el gobierno se mostró interesado en propiciar una política al respecto, al punto superar los dos millares de centros públicos. No obstante, la centralización de los estudios en Tokio dificulta todavía en gran medida el estudio de unas materias que, por otro lado, cuentan con una gran aceptación entre los japoneses.

PECULIARIDADES

A mediados de los ochenta los economistas James C. Abegglen y George Stalk, Jr. publicaron el que hasta ahora es el más brillante estudio sobre las peculiaridades de las compañías japonesas, «Kaisha, The Japanese Corporation»², desvelando así algunos de los criterios que los dirigentes de estas intrincadas estructuras comerciales siguen a la hora de plantear estrategias competitivas. Resulta interesante tener en cuenta estas reglas para explicar hasta qué punto la formación de los documentalistas que trabajan en la «kaisha» recae en la propia empresa y no en el sistema público de educación, merced a un envidiable ciclo de seminarios —más o menos frecuentes— que mantienen al día la formación particular de cada empleado.

Por otro lado, también aclaran el porqué de la proliferación de industrias de la información, en cuyos aledaños igualmente han prosperado iniciativas privadas que hacen de la Documentación una rotunda fuente de capital.

No pocos estudiosos han analizado desde Occidente el desarrollo experimentado por Japón en las últimas décadas. Que unas islas superpobladas y carentes de materias primas logren competir favorablemente con sus productos en los mercados de todo el mundo no deja de resultar, cuando

¹ Diccionario Kōjien; Ed. Iwanamishoten, Tokio, 1965.

² Publicado en español: «Kaisha: la corporación japonesa»; Plaza & Janés Editores, Bar-

menos, inquietante, sobre todo cuando las producciones europeas y americanas no logran —al menos hasta el momento presente— adentrarse en el críptico mercado interior japonés.

La leyenda del estudiante nipón que durante los años sesenta y setenta se matriculaba en las universidades de Occidente para espiar los nuevos hallazgos tecnológicos es cierta sólo a medias. Los verdaderos hilos conductores de esta corriente de información han sido —y bien lo saben las empresas americanas de alta tecnología— las General Trading Companies, agencias comerciales siempre atentas a cualquier descubrimiento o demanda del mercado y dispuestas a vender cualquier producto nipón a los occidentales, más barato y, en la medida de lo posible, con mejores prestaciones y garantías. El interés de estas agencias por las industrias de la información no hace sino confirmar el favorable criterio de las corporaciones niponas hacia la materia que nos ocupa.

La reserva de divisas acumulada por Japón fue posible gracias a una brillante estrategia en la que el incremento de las exportaciones y el desarrollo tecnológico eran las puntas de lanza y la no importación de aquellos productos no imprescindibles o de posible fabricación en Japón hacían las veces de escudo defensivo. La tecnología punta y el criterio de rentabilidad surten un efecto inmediato en lo referido a inversiones en los departamentos de documentación de cada empresa. No parece, sin embargo, que el Gobierno comparta últimamente los mismos criterios. El economista Yukio Noguchi, profesor de la Universidad de Hitotsubashi, denuncia en su último libro —todo un éxito de ventas en Japón— que «el Estado invierte poco en la enseñanza de la Documentación en las universidades».

A juicio de este autor, las grandes compañías pueden pedir prestado capital a los bancos con el aval de su tecnología, pero la universidad se encuentra en desventaja dado que los conocimientos del estudiante de Documentación no son en apariencia sinónimo de beneficio inmediato. Noguchi defiende en su texto —un excelente manual de documentación doméstica— la inversión estatal y privada en los departamentos de Documentación. Ataca asimismo la excesiva computerización de la sociedad y aboga por una «humanización de los sistemas informáticos» que evite el ahogo de la memoria individual en virtud de más potentes bases de datos. Esta última reflexión, ciertamente, sólo se comprende a la luz de la filosofía tradicional de las islas, asunto que, por lo demás, no es el objeto de estas líneas.

Documentalista autodidacto, Noguchi ha calado, al igual que otros autores de su estilo, en el interés de los usuarios no profesionales, interesados en la más correcta gestión de sus recursos documentales.

No resulta extraño encontrar en las librerías japonesas textos acerca de la documentación doméstica o profesional. Puede que los estudios sobre el tema en la universidad nipona vayan a remolque de los desarrollados en los Estados Unidos, pero resulta evidente que en el interior de cada ciu-

dadano de aquel país parece existir un documentalista en ciernes, deseoso de avanzar en el conocimiento práctico de la actividad documental.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- AOKI, NORIAKI: «Denshi Filing de kawaru korekarano Jôhō Bunshokanri» («Cambios en la documentación gracias al archivo electrónico»); Ed. Nihon-jitsugyôsuppan, Tokio, 1992.
- KATÔ, HIDEIOSHI: «Seirigaku» («Documentación»); Ed. Chûkôshinsho, Tokio, 1963.
- KOKUYO (Record Management Suishinbu): «Filing ga Ofice o Kaeru» («Nuevos rumbos del archivo en la oficina»); Ed. Daiamondo-sha, Tokio, 1992.
- MISAWA, Y.: «Filing no Yôryô» («Habilidad en el archivo»); Ed. Jitsugiyô no Nihon, Tokio, 1991.
- NAGASAKI, T.: «Yashashii Jôhoseirigaku no Gijutsu» («Técnica sencilla para ordenar la documentación»); Ed. PHP, Tokio, 1993.
- NAKAZAWA, SHUNICHI: «Bunsho Dater Kauri no Jitsumu kara Jôhokatsuyou e no kaizensaku» («El modo de mejorar el uso de los documentos»); Ed. Chûokeizaisha, Tokio, 1990.
- NOGUCHI, YASUO: «Filing no Susumekata» («Seguir archivando»); Ed. Nikkeibunko, Tokio, 1991.
- NOGUCHI, YUKIO: «Chôseirihô» («Hiperdocumentación»); Ed. Chûkôshinsho, Tokio, 1994.
- VARIOS: «Sekaidaihyakkajitten»; Ed. Heibonsha, Tokio, 25 de abril de 1972.

